

De música poética

Método para ensoñar la música

CARLOS ALBERTO RIAÑO

Letra a Letra, Bogotá, 2019, 58 pp.

I
ESCRITOR, PIANISTA y compositor, Carlos Alberto Riaño (Bogotá, 1977) versifica a partir de visiones y vivencias musicales. En las páginas de *Método para ensoñar la música*, su primer poemario, mantiene un fraseo, un registro coloquial que conjuga un manejo fluido y ceñido del verso libre, un juego analógico incesante entre música y poesía, una apropiación del léxico musical y, por último, un sentido de la oralidad y la actualidad que le permite aludir por igual a Bach, Ray Charles, The Beatles, José Alfredo Jiménez, Benny Moré, cornos, gaitas hembras, sintetizadores, dodecafonismo, pantallas gigantes, industria musical y estandarización.

Por tales características, se entiende que el autor haya escogido precisamente como epígrafe del libro buena parte del poema “La música”, de Luis Vidales. Pues, sin lugar a duda, estos poemas avanzan tras la senda estilística, lúdica y conceptual de *Suenan timbres*:

El sonido tiene hábitos variados.

Le gusta bailar en las cuerdas,
deslizarse por las maderas,
ejercitarse en los metales y
recibir masajes en las membranas.
 (“Cuestión de hábitos”; p. 31)

II
Estructurado a la manera de una sonata, *Método para ensoñar la música* consta de un andante, un rondó y un scherzo, pero además de una obertura, una coda y un réquiem. A lo largo de estas secciones, tal como lo explicita en el poema “Taxonomía”, el autor describe, categoriza, postula una variada fenomenología, así como una etnología, una ética, una metafísica y una ontología de la música:

CANCIÓN

El alma aplaude
feliz en su existencia.
Rompe su propio molde.

Vibra sin recato
cuando la música toca a su puerta.
(p. 16)

Más que singular, y así lo ilustran los textos de este libro, la naturaleza de la música es esencialmente plural. Por ello, Riaño se ocupa tanto de las músicas de la noche, la selva, la lluvia y el mar, como de las músicas de las alarmas, el rebusque, la remasterización y el *show business*. El arco musical contemporáneo no puede ser más variopinto, va del rock al jazz, del tango al blues, del piano a la marimba de chonta, del maguaré a la clave, la quena y el shamisen.

III

En su brevedad, textos como “Canción”, “El mar” o “Pequeña serenata nocturna” logran una precisión y una agudeza llevadas al límite en la página 19, donde el título es uno de los dos versos, prácticamente la mitad del poema:

CLASE DE JARDINERÍA

La felicidad es una planta que se
riega con música.

El juego analógico entre la música y la realidad es constante e ingenioso, aunque por momentos monótono al abundar en un énfasis definitorio en el cual, así como la felicidad es una planta, la música “es el bálsamo que alivia los pesares” (p. 18); el mar “Es el arrullo / que una diosa canta” (p. 24); “El sonido / es un cangrejo ermitaño” (p. 31); “El maguaré es un matrimonio armónico” (p. 35); una marimba de chonta es un vehículo (p. 36); “Una banda de jazz / es un gran parque” y el saxofón es el tobogán de las notas que tienen alma de niña (p. 39). Las analogías son sugestivas; lo que resulta monótono es ese mismo patrón enunciativo.

Por fortuna, la agudeza y el vuelo imaginativo terminan imponiéndose, envolviendo al lector en una ruta de fábulas donde a la vuelta de la esquina puede toparse con un piano, o con la génesis del silencio, con una glamurosa fiesta equina, con un baile de muertos, con el suicidio de una nota manoseada y remasterizada, con la serenata de una alarma que sueña con “montar la ópera / de la psicosis colectiva”, con la música como técnica espiritista

para invocar las ánimas del santoral rockero o, en fin, con un apocalipsis computarizado de pantallas gigantes y fuegos artificiales.

Un tránsito que va “de lo sublime a lo estruendoso”, de la música de las esferas a la industria musical del *show business*, según anota Luz Mary Giraldo en el prólogo.

IV

La rica conexión simbólica entre la música y la poesía, el dúo dinámico de las musas Euterpe y Calíope, constituye a la vez la fuerza y la limitación de este método para ensoñar. El ingenio y el juego fantástico son evidentes, pero así mismo, conforme se avanza en la lectura, es claro que el universo temático no trascenderá esos linderos. Y por momentos se tiene la sensación de estar patinando en círculos, de haber agotado la veta y fatigado la polvorienta senda del estereotipo.

Algo así suscita un texto como “Sentimientos”, en el que la asociación entre dolor y ranchera resulta telegrafiada, y acto seguido el lector adivina que si pasión, entonces Beethoven; si tango, entonces tristeza; si alegría, entonces Benny Moré; si nostalgia, entonces Edith Piaf, y si rebeldía, entonces, cómo no, por supuesto, The Rolling Stones. Impresión similar deja “Acuarela de cantina”, donde la socorrida tristeza del bandoneón empieza exhalando, cómo no, pesadez en su música para, a continuación, y no precisamente en un rapto de originalidad, rematar que “Sus melodías son el río / en donde viaja la nostalgia”.

V

Pese a los reparos, ciñéndonos a la tautología que define un buen libro de poemas como aquel que nos ofrece buenos poemas, *Método para ensoñar la música*, tercer título de la colección Ópera Prima, al cuidado de la editora Luz Eugenia Sierra, es un buen poemario porque tiene poemas sostenidos en hábiles anáforas como “Génesis”, porque ejecuta un virtuoso concierto verbal a partir de un aguacero, porque nos revela la música del maguaré, ese poderoso instrumento selvático cuyo canto “viaja / de árbol en árbol, / de nube en nube, / de piedra en piedra”, y también porque de su mano y de la mano de Ray Charles, el lazarillo, nos

RESEÑAS		POESÍA
es imposible no hallar felicidad en la tragedia del pobre Jack. En suma, porque a través de sus páginas participamos de la visión, experiencia y oficio que un músico de profesión desdoblado en poeta tiene la habilidad y amabilidad de desgranar en sus versos: IN ROCK Existen personas a las que les gusta esculpir su vida en roca. Sus masas son baterías, los cinces, amplificadores. Pasiones guiadas por guitarras eléctricas distorsionadas y moldeadas sobre los sintetizadores, los órganos y los pianos se apoyan sobre las cuerdas del bajo, que algunas veces caminan, otras brincan y otras se deslizan. Todo para que la letra resalte en la voz y brille igual que el mármol, o igual que el bronce macizo si es metal pesado. (p. 40). John Galán Casanova		